

CARIÑOS QUE MATAN

Ensayo cómico-dramático en tres actos y en prosa, arreglado en obsequio de los niños para sus veladas de Navidad

PRECIO 2 PTAS.

POR CORREO 2'30

POR

CÁNDIDO

Cariños que matan

Cariños que matan

ENSAYO CÓMICO-DRAMÁTICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADO EN OBSEQUIO DE LOS NIÑOS

PARA SUS VELADAS DE NAVIDAD

POR

CÁNDIDO [pseud.]

José Martínez Ruiz

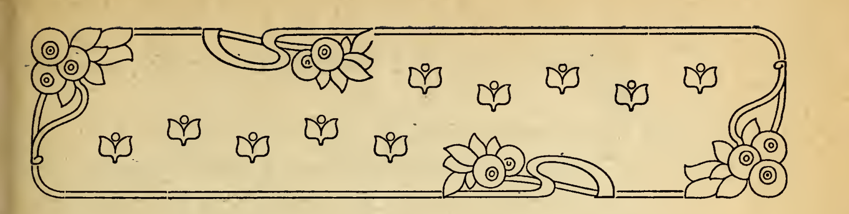


Imprenta La Editorial — Zaragoza, 1907.

PERSONAJES

Crispín, hijo de
D. Sotero, y de
D.ª Hermenegilda.
Eleuterio, niño, hijo del
Sr. Alcalde y de
Cipriana.
D. Francisco, académico.
Sor Margarita, H.ª de la Caridad.
D. José, juez de instrucción.
Un cartero.
Guardias, niños y vecinos.

NOTA.—La índole y carácter de la obra permiten que pueda ejecutarse en colegios de niñas, sin necesidad de intervenir niños, basta con adoptar de la mejor manera posible los trajes y poner barbas ó bigotes á los que representen papeles de hombre.



ACTO PRIMERO

Escena: La escuela de un maestro; banquillos, carteles, etc. etc., y crucifijo; una mesa pobre á un lado, con una silla de anea. Puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA

D.ª HERMENEGILDA Y D. SOTERO

D.ª HERM. (Limpiando la escuela) *¡Josús* qué chiquillos y cómo gritan!

D. SOT. (Desde la puerta) Vaya, Gilda, que la hora está para caer. ¡Andas hoy un poco retrasada! ¿No oyes á los chicos que están alborotando en la plazuela?

D.ª HERM. ¡Bueno, hombre, bueno, ya los oigo! ¡Todavía falta media hora y ya estás renegando!

D. SOT. No quiero que nadie tenga que decir de mí en el pueblo. Me gusta la puntualidad en todo!

D.ª HERM. Pues éntralos si quieres, aunque esté la escuela como una choza: después de todo...

D. SOT. No, mujer, ¡también me gusta la limpieza! Es que sin duda te has estado un ratico más en el confesonario, y...

D.ª HERM. ¡Bueno! y qué?

D. SOT. Nada, nada; no te enfades por eso, porque si nó

mañana ya te veo de nuevo en la rejilla, y ¿Crispín?

D.ª HERM. Durmiendo estará.

D. SOT. ¡Bendita sea tu pachorra! Cuánto más valiera que estudiara la lección? Después, los sofocones son para mí; no sabe ni una jota!

D.ª HERM. ¡Claro está! y vas á matar al chico de tanto estudiar! también es necesario atender á su salud! ¡Pobrecico mío! déjalo que duerma!

D. SOT. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Me *paice* que si contigo había de prosperar nuestro chico... ¡buena pieza saldría! ¡lo mismo que un azebuche!

D.ª HERM. Pues *lo ques* si lo dejara en tus manos... saldría... algún *abogau* de *audencia*. ¡Vaya! ¡Como si yo no estuviera continuamente encima de él? Si no haces otra cosa que *atormentalo* cada vez que le preguntas algo. ¡Claro! el chico es un niño y no tiene todavía discernimiento para distinguir las cosas... se pone á discurrir y enseguida sacas la correa... le entra el miedo... se aturrulla, y... ¿cómo quieres que discurra? si á renglón seguido me lo pones como un higo pachucho de latigazos. ¡Así es que lo vas á volver tonto!

D. SOT. Está visto, que eres una madraza de cuerpo entero.

D.ª HERM. ¡Que lo sea!

D. SOT. Y te prevengo, Gilda, que con ese sistema no conseguirás otra cosa sino que en toda su vida sea *nada* y... ¡Dios quiera que no nos dé disgustos!

D.ª HERM. ¡Eso es! Te creerás que me estoy yo con los brazos *cruzaos!* ¡que no miro yo por la educación de mi hijo! ¡vaya una guasa! Pues has de saber que miro más adelante de lo que tú te figuras! ¡Que no olvido el porvenir que pueda tener! ¡Es que lo quiero más que tú y ¡nada más (con resolución) hemos concluído!

D. SOT. De eso habíá mucho que hablar! El cariño no consiste en dejarle hacer todo lo que quiera; si merece castigo hay que castigarlo; ¡sin compasión ninguna! En una mano el pan y en la otra... el palo. ¡Esa, esa es la verdadera educación! no me vengas á mí con *lilailas!*

D.ª HERM. ¡Qué *lilailas* ni ocho cuartos! Pues ¿qué te has creído tu envidioso?

D. SOT. ¡Nada! (encogiéndose de hombros) Que está haciendo su santa voluntad siempre que le da la gana! y... ¡nada! aunque sean disparates ¡bien va! para tí todo son graciosidades del niño. Vamos á ver; ayer sin ir más lejos; díme: ¿no merecía un buen castigo en vez de la merienda que le diste?

D.ª HERM. ¿Por qué? ¿Cuándo?

D. SOT. Ya no te acuerdas ¿eh? ¡Mire V. qué gracia! Se le ocurre al niño echárselas de buen tirador, coge una ballesta y la emprende con las moscas que se paraban en los cristales del balcón y... hacía blanco ¡ya lo creo! no dejando un cristal sano ni para un remedio. ¿Te parece si eso se puede consentir?

D.ª HERM. ¡Ya lo castigué por eso!

D. SOT. Sí, con dos mimicos de los que acostumbras á darle! y lo de la iglesia? ¡Al demonio se le ocurre atar á la cola del perro del sacristán una lata de petróleo y soltarlo cuando salían las mujeres de las tinieblas! ¡menudo estrupicio que se armó en el pórtico! ninguna quería salir de la iglesia, y las que habían salido corrían que se las pelaban como si las persiguieran los *judíos* del *tenebrario*. ¡Pues mira! la tía *Cilomena* creo que está agonizando del susto!

D.ª HERM. Eso no lo hizo nuestro chico!

D. SOT. ¡Que nó! ¡no me juraría yo una perra chica contra un duro! Nada, nada Gilda que está co-

giendo unas intenciones y unos resabios que ¡no respondo! y todo... porque tú lo quieres más que yo! ¡Vaya un querer!

D.ª HERM. Después de todo, eso no tiene nada de particular; si el chico fuera tonto no discurriría tanto!

D. SOT. ¡Tienes razón! lo que es de tonto... no tiene ni un pelo de conejo. Yo creo que se pasa de listo!

D.ª HERM. Es un poco traviesillo... pero nada más; cosas de chicos que después se pasan.

D. SOT. Adelante, adelante con los faroles ¿A que no se sabe hoy la lección? Mucho me empeño yo en que aprenda más que ninguno pero... ¡que si quieres tuerta! no se le puede pegar...

D.ª HERM. Es que ya sabes que no quiero que me lo toques, porque eres un barbarote de primera. Para todo se necesita la templanza!

D. SOT. Pues á mí no me han enseñado así. La letra con sangre entra, decían mis padres y mis abuelos y tenian razón. Buen correazo y buen soplamocos hasta que los echen colorados por las narices.

D.ª HERM. ¡Qué hombre más animal!

D. SOT. Así he llegado yo á ser lo que soy!

D.ª HERM. Tú? Gracias al buen padrino que has tenido, que si nó ¡ya ya! no hubieras pasado de ser un rapabarbas toda tu vida.

D. SOT. A puro de trabajo, hija mia! ya sabes que hice la carrera sin gastar un cuarto, y hoy me encuentro con cuatro títulos que puedo ostentar con mucho orgullo. Soy barbero, organista, secretario y profesor elemental.

Todo en una pieza ¿quieres más?

D.ª HERM. Total... el ungüento blanco.

D. SOT. No sacarás tú tanto de nuestro Crispín, con ese empeño que tienes de que no lo castigue, ni se mate de estudiar... ¡saldrá un borrico!

D.ª Herm. ¡Mejor que mejor! En algo tendrá que parecerse á su padre.

D. Sot. ¡Cállate provocadora! ¡Eso es no saber educar á los hijos! ¡Como hoy no se sepa la lección... ¡buena le espera!

D.ª Herm. Ya te cuidarás mucho de castigarle!

D. Sot. Lo veremos, ¡Qué dirán en el pueblo si el hijo del maestro sale un zoquete! Hay que mirar mucho por la dignidad de la persona. ¡No hay remedio!

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Crispin

Crispin. (Entra corriendo) Madre, viene el hijo de la tía Colasa á que le deje V. el cedazo claro.

D.ª Herm. Pues díle que no me dá la gana que si lo quiere más claro. ¡Qué mujer más impertinente!

D. Sot. ¡Vamos niño es hora ya de levantarte! Las nueve dadas! Y ¿no sabes dar los buenos días?

D.ª Herm. Ya empiezas á atormentar al chico?

Crispin. ¡Buenos días, ha descansado V.? (con timidez)

D.ª Herm. Si es imposible que te *coja ley* el pobrecillo! siempre tratándolo como un verdugo.

D. Sot. Lo que haces tú es echarlo á perder con esas cosas! Anda, (á Crispín) abre la puerta y que entren los chicos que ya es hora!

D.ª Herm. Espérate, todavía tiene que almorzar!

Crispin. Ya me he comido tres morcillas que había encima del puchero.

D. Sot. ¡Caracoles! si esas eran para mi! (amenazándole) ¿No lo sabías? De buena gana lo estrellaba contra la pared. ¡Vamos, te parece si está gracioso! y ¿yo qué almuerzo?

D.ª Herm. ¡No te sofoques por eso, hombre. Si al chico le han apetecido...

D. SOT. Eso es, le han apetecido y... que se las coma..!

D.ª HERM. Pues es claro. Se compran otras para tí y asunto concluído. ¿A qué fin ponerte como un toro? ¡Vaya una tontería!

D. SOT. ¡Nada, nada! Aguántese V. y ruede la bola.

D.ª HERM. Véte á abrir la puerta, Crispín, que entren los chicos.

CRISPÍN. Y ¿qué le digo al chico de la tía Colasa?

D.ª HERM. Que no me da la gana. Anda, díselo y de paso abres. (sale Crispín) ¡Que se compre, si quiere tener cedazo; que á mí, mis dineros me ha costado!

D. SOT. Embustera, que te lo regaló mi madre cuando nos casamos.

D.ª HERM. *Pa el* caso es lo mismo. Después hay que mandarle una pareja de civiles para que lo devuelva. (Oyese ruido y á poco aparecen por la puerta en confuso tropel los chicos de la escuela.)

D. SOT. (Sale al encuentro) ¡Silencio, muchachos! y á ponerse en orden! ¡qué atropellos son estos!

D.ª HERM. Esto es cuestión de retirarse (se retira á un lado y luego que han entrado los chicos, se marcha.)

ESCENA TERCERA

D. SOTERO, CRISPÍN, ELEUTERIO y niños

D. SOT. (Conteniendo á los chicos en la puerta.) Ya empezáis á dar mal de parte mañana! ¡A ver!Silencio y que no se oiga ni una mosca (pequeña pausa.)

ELEUTERIO *¡No rempugís!*

D. SOT. He dicho que silencio!

ELEU. Es que éste me está *empentando!*

D. SOT. No se dice empentando, ¡cacho burro! se dice empujando. ¡Vamos áponerse en filas y entrar con orden cada uno á su sitio. (Entran, el último Crispín. Se colocan todos de pie alrededor de la escena.)

D. SOT. (Dando una palmada) ¡Crispín! las oraciones. (Todos se ponen de rodillas, incluso D. Sotero, mirando al crucifijo).

CRISPÍN. (En voz alta; los demás repiten) Señor Dios omnipotente, Os suplicamos, iluminéis, nuestro entendimiento para que aprendamos, las cosas que nos enseñen para nuestro bien espiritual y temporal; os lo pedimos, por Jesucristo, Nuestro Señor Amén. (Al terminar hacen una cola prolongando la última sílaba.

D. SOT. (Dando una palmada) (se levantan) os he dicho cincuenta mil veces que no me gusta que hagáis esas colas y al que lo coja le arranco las orejas. Todos de rodillas. Empieza, Crispín (otra vez repiten).

D. SOT. (Da otra palmada y se levanta) Así lo habéis de hacer siempre y que no vuelva á suceder más.

NIÑO 1.º (Aparte á otro). Mal genio tiene hoy D. Sotero! ¡Me parece que tendremos candela.

NIÑO 2.º Pues... como á mí me toque...

D. SOT. (Que ha observado que hablaban) ¿Qué tenéis que hablar vosotros, mocosos? Poneos de rodillas ahora mismo.

NIÑO 1.º Es que...

D. SOT. He dicho que calléis! ¡Estos críos son capaces de volver loco á cualquiera! ¡Vamos á ver, Crispín. ¿Qué lección toca hoy?

CRISPÍN. ¡Aritmética!

NIÑO 3.º No, señor, que la dimos ayer. (Interrumpiéndole).

D. SOT. Y ¿á tí quién te pregunta? Los niños no hablan mas que cuando son interrogados. Eso es una falta de educación!

D. SOT. ¿Qué lección toca hoy Eleuterio?

ELEUTERIO. Gramática, Sr. Maestro.

D. SOT. (A Crispín). Pues ¿por qué dices Aritmética?

CRISPÍN. Es que ayer no estuve yo en la escuela.

D. SOT. Eso es otra cosa. ¿Ves lo que saca tu madre con dejarte salir con lo que quieres? ¿De qué me sirve á mí poner empeño en que seas el primero si luego esa Gilda me echa todo á perder? ¡Vamos,

á la Gramática! (Se sienta en la mesa). ¿Qué lección dimos el otro día, Eleuterio?

ELEU. Los géneros.

D. SOT. Es verdad. Os acordáis bien de lo que os decía?

TODOS. (Apresuradamente). Sí, señor.

D. SOT. Ya lo sabéis; es masculino, todo lo que pertenece á animal macho, y femenino todo lo que pertenece á animal hembra. Por ejemplo... Lo primero que me ocurre. Levita, de qué genero es, (pausa). ¡Vamos, contesten! (todos se miran unos á otros) ¡qué burros! ya no os acordáis! fijaos bien ¡si es tan sencillo! (se levanta de la mesa). A ver tú, Luterio; levita ¿de qué género es?

ELEU. De género... inglés.

D. SOT. (Dándole un cachete). ¡Animal! ¡Conque de género inglés! ¿eh? (Todos se echan á reir, tapándose la boca con las manos). Habráse visto mayor barbaridad! He dicho que callen, ¡verán ustedes cómo les hago llorar! (coge las correas y haciendo círculos en el aire dando vueltas por la escuela, repite). Vuelvo á repetir por segunda y última vez. Regla general: es masculino... ¿Lo habéis entendido? Lo que no sea ni masculino ni femenino pertenece al género neutro. Vamos á ver, tú, Policarpo. Levita, esta levita (señalando la suya) fíjate bien, ¿qué género tiene?

NIÑO 1.° (Mirándola fijamente) Masculino.

D. SOT. ¡Masculino? (irritado) Conque ¿masculino? Y ¿porqué es masculino?

NIÑO 1.° Porque pertenece á un animal macho.

D. SOT. (Dándole con las correas) Tú si que eres animal ¡pedazo bestia! Si debieras estar arando (reponiéndose) vaya, vaya dílo tú Crispin? que género tiene?

CRISPIN. (Después de discurrir un poco) Femenino:

D. SOT. ¡Muy bien! ¡eso es! femenino! (mirando á los demás) Ahi le tenéis ¡majaderos! este es mi hijo que tiene más talento que todos vosotros juntos!

¡Bien Crispín! y ¿porqué es femenino?

CRISPIN. Porque... porque... (discurriendo)

D. SOT. Anda, hombre anda... eso es... si lo sabes ¡hombre!

CRISPIN. Porque... pertenece á un animal femenino.

D. SOT. (aparte) ¡Bah! lo hemos *ensuciau* (á Crispín) Animal femenino? (dándole unos cuantos correazos) (los demás se ríen celebrando la contestación).

CRISPIN (Tapándose la cabeza con los brazos) ¡No señor! ¡neutro! ¡neutro! ¡¡porque pertenece á un animal neutro!!

D. SOT. (sin dejar de pegarle) ¿A qué animal neutro pertenece borrico?

CRISPIN ¡A usted! (llorando)

D. SOT. ¡Eso es! pedazo de alcornoque (dándole con más furia) conque yo soy animal neutro ¡majadero! *¡mal criao!* ¡Esto no se puede sufrir!

ESCENA CUARTA

DICHOS Y D.ª HERMENEGILDA

D.ª HERM. (Entra furiosa á defender á Crispín) ¡Te tengo dicho que no me toques al chico! ¡qué manera de castigarlo es ésta! ¡pobrecillo! Habráse visto mayor brutalidad, llenarlo de cardenales!

D. SOT. ¡Vaya! Ya está aquí la madraza! ¡Anda, anda, dale sopicas al niño! ¡Vamos, hijo! ¡vamos que tu madre te quiere mucho!

D. SOT. Pero ¿te parece poco que después de tanto machacar y estar erre que erre todos los días de Dios, que venga ahora á decir que mi levita pertenece á un animal femenino ó neutro? ¿No es para consumir la paciencia aunque sea al mismísimo Job? Dí ¿creerás que tengo sangre de *alcachofa?*

D.ª HERM. ¡Vaya una tonteria! ¿y por esto te pones con el chico como una hiena?

D. SOT. Pues nó ¡que voy á hacerle caricias como tú, para que no sea nunca nada! Si en vez de dejarle estar en la cama todo el tiempo que quiere, le hicieras levantar temprano á estudiar la lección no pasaría esto!

D.ª HERM. Pero después de todo... ¡no es de perdonar que un chico no sepa definir bien las cosas! Bastante ha hecho con decir que levita es *femenina!*

D. SOT. ¡Otra que te pego! Ya está aquí la *Doctora*. ¡Femenino ¡mujer!

D.ª HERM. ¡Vaya una concordancia de todo un señor maestro! ¡levita femenino.

D. SOT. Así se dice y así lo dicen los libros que yo he estudiado!

D.ª HERM. ¡Pero hombre de Dios! ya sabes que yo no estudié más que un año de preparatorio para maestra, pero basta y sobra para que entienda que levita y femenino no pega ni con engrudo! Será *levita femenina!*

D. SOT. ¡Caramba con la Gilda! ¡es que *paice* que tiene razón! Aún me va á afrentar aquí delante de los chicos! ¡Pues no estoy conforme! (con autoridad)

D.ª HERM. ¡Pues yo tampoco! Además, eso de que una cosa sea del mismo género que la persona á que pertenece, me parece un solemne disparate. Esa levita te pertenece á tí que eres un animal macho; pero si me perteneciera á mí, que soy animal hembra, ¡variaría de género!

D. SOT. ¡Caracoles, con la mujer ésta! ¡nada!, y ¿qué contesto yo á esto?

EL CART.º (Desde la puerta). D. Sotero Mingote?

D. SOT. (Volviéndose con precipitación.) ¿Qué ocurre?

EL CART.º Una carta que viene para V.

D. SOT. ¡Ah! á ver, á ver, (la coge) págale, Gilda! (D.ª Hermenegilda le paga y el cartero se marcha.)

D.ª HERM. ¿Quién te escribe?

D. SOT. (Abriendo la carta.) Por la letra parece D. Francisco.

D.ª HERM ¡D. Francisco! A ver, á ver, ¿qué dice?

D. SOT. *Sr. D. Sotero Mingote,* Maestro elemental de Quiñones.

(Leyendo en voz algo alta). Querido Sotero: Salgo esta tarde para esa, á donde llegaré mañana, Dios mediante.

D.ª HERM. ¡Ay qué bien!

D. SOT. (Sigue leyendo) quiero pasar un par de días con vosotros para salir á cazar, como sabes que es mi distracción favorita. Espérame pues, y hasta mañana, que os abrazará vuestro amigo.—*Francisco.*

¡Pues no hay tiempo que perder; suelto los chicos y á preparar las cosas para que se divierta D. Francisco!

D.ª HERM. ¡Buena ocasión para consultarle el caso de la levita!

D. SOT. Déjame estar ahora de levitas. Anda, avisa á la alcaldesa para que su marido, con dos ó tres más, nos acompañe en la cacería y dispón buena comida y buenos postres! Ya sabes cuánto le gustan á D. Paco las golosinas!

D.ª HERM. ¡Voy corriendo! (Aparte). No, pues yo no dejo la cosa pendiente! Ya veremos si la levita es femenino ó femenina! (Sale).

D. SOT. (Dando un palmetazo). A ver, niños; mañana llega el Señor Inspector Académico de la lengua, mi querido amigo y adorado profesor, D. Francisco González de la Gonzalera. Visitará la escuela, ¡como es natural! Quiero que estéis puntuales y que no me falte ni uno siquiera, y fijaos bien en lo que os pregunte; ¡mucho ojo con contestar barbaridades! no me hagáis pasar un mal rato y que vea ese señor que sois chicos aprovechados y que honráis el nombre de vuestro maestro!

y tú, Crispín, cuidadito con afrentar á tu padre. Ya sabes el empeño que tiene ese señor de que seas aventajado alumno, para llevarte al Seminario y pagarte la carrera. Ahora os marcháis á vuestra casa y esta tarde os doy fiesta; pero mañana, á las ocho, todo el mundo aquí.

¿Lo habéis entendido?

TODOS. Sí, señor. (Alegres).

D. SOT. Pues á rezar las oraciones y á marchar. (Da un palmetazo y todos se ponen de rodillas).

CRISPÍN. Os damos gracias Señor, porque nos habéis asistido, con vuestras luces, y os suplicamos, continuéis dándonos vuestro divino socorro, á fin de que las cosas que hemos aprendido nos sirvan para nuestro bien espiritual y temporal, por Jesucristo, Nuestro, Señor. Amén.

D. SOT. (Da un palmetazo, se levantan, salen corriendo y cae el telón)

Fin del acto primero





ACTO SEGUNDO

Habitación pobre. Puerta al fondo y lateral. Un grande arcón practicable, sillas y alguna mesa.

ESCENA PRIMERA

D.ª HERMENEGILDA Y CIPRIANA vistiéndose ambas manguitos y delantales blancos.

D.ª HERM. Es de lo más cariñoso y distinguido ese señor que va á venir, Cipriana. Verá V. en cuanto le vea cómo le atrae su fisonomía. Y ¡listo! Nada menos que tiene dos carreras terminadas y ha hecho oposiciones tres ó cuatro veces para ser *Diputao*. A nosotros nos tiene una *ley*... ¡como si fuéramos hijos suyos! Ya vé V., mi marido era un pobrecillo rapabarbas y D. Paco se empeñó en que se hiciera maestro y ahí lo tiene V. El se lo llevó á Madrid, le pagó todos los gastos de la carrera porque... ¡eso sí! dinero tiene á montones y luego le consiguió la secretaría del pueblo y que le nombrasen maestro del mismo. Todo, todo por D. Paco ¡Cuánto tenemos que agradecerle Cipriana!

CIPRIANA. ¡Vaya! Y ¿de qué les viene á Vds. la *conocencia* con ese señor?

D.ª HERM. Pues sencillamente. Hace muchos años que vi-

nieron aqui unos cuantos señores de Madrid y como mi marido ha sido siempre un buen cazador, los acompañó para enseñarles el monte y se conoce que ese señor vió en Sotero tal puntería y tanto talento que... ¡en fin! le gustó mucho y desde entonces se escribían y se trataban como si hubieran nacido juntos.

CIP. Eso si que es suerte ¡repaño!

D.ª HERM. Pues ahora tiene empeño en que nuestro hijo Crispín siga también carrera. ¡Ya vé V. *señá* Cipriana!

CIP. Que no sea V. tonta ¡cuánto mejor que no que tenga que *dir* á *destripar* terrones!

D.ª HERM. ¡Nada, nada! Ya está la cosa arreglada. *Pué* que quiera que *emprecipie* este año á estudiar latin!

CIP. ¡Latín! eh? pues entonces será *pa* cura.

D.ª HERM. ¡Eso es! ¡Qué mejor cosa para nosotros! Así tendremos una vejez tranquila y sosegada. Si Dios nos dá salud, viviremos con él *retiradicos* y ¡santas Pascuas! El es un bendito, un angelote de Dios, no piensa mas que en ir á ayudar á misa y á tocar las campanas. Tiene una inclinación á la iglesia que dá gusto! A mí se me cae la baba cuando le veo tan tieso con su traje de *monecillo*. ¿Se ha fijado V.?

CIP. (Hace gestó de afirmación)

D.ª HERM. Es listo como él solo! En la escuela es el primero, *señá* Cipriana, y creo que sabe ya más que su padre. ¡Como que ayer si no entro yo tan á tiempo no se qué hubiera sucedido! y precisamente porque el chico contestaba lo que debía ser. ¡Nada! tuve que explicarle el caso á mi marido que no sé lo que se le había metido en la cabeza, que se conoce que le ofuscó. ¡Pobrecico mío! ¿Le parece á V. sufrir un castigo porque el maestro se equivoque? no es otra cosa que el empeño

que tiene de que salga listo. Quiere que llegue á ser Obispo y Papa; y yo también creo que con el tiempo lo será. ¡Verá V.!

CIP. ¡Ojalá! Yo me alegraría mucho y que sea *pa* muchos años.

D.ª HERM. En vida de V. *señá* Cipriana. ¡Aquel día ha de venir V. con nosotros á lo boda del cura; queda V. convidada.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y CRISPIN que entra por la izquierda

CRISPIN. ¡Madre!

D.ª HERM. ¡Qué quieres hijo mío!

CRIS. Que se está pasando el arroz.

D.ª HERM. Anda, rico, retíralo, que ya vamos. ¿Ve V. *señá* Cipriana, qué listo? ¿Y V. cómo no ha traído el suyo?

CIP. Si ha venido conmigo. ¡Estará con Crispín!

D.ª HERM. También es un chico muy bueno. Yo le quiero mucho, no porque V. esté delante.

CIP. Gracias, D.ª Hermenegilda. Creo que le sigue al suyo en la escuela. Yo no quisiera más que supiera escribir y leer bien, y hacer cuentas *pa* cuando caiga *sordao*. ¡Siquiera que sepa *escribinos!*

D.ª HERM. ¡Ah! y le harán enseguida cabo ó sargento!

CIP. *Desos* que mandan, ¿verdad?

CRIS. Ya lo hemos retirao, madre. (Entra con Eleuterio).

D.ª HERM. Bien, hijo mío.

CIP. ¿Ve V. cómo estaba con Luterio! ¡Si son muy amigos! ¿verdad?

D.ª HERM. ¡Cuánto me alegro! y os queréis mucho?

CRIS. Sí, madre.

D.ª HERM. ¡Bueno! pues mira. Ya os voy á dar un bollo de

los que hemos hecho, y os váis á esperar á tu padre y á D. Paco al alto de la cruz ¿oyes? en cuanto los veáis llegar, venís corriendo á avisarnos.

CRIS. ¡Bueno, pues!

D.ª HERM. Vamos, *señá* Cipriana. (Entran por la izquierda).

ESCENA TERCERA

CRISPÍN y ELEUTERIO, después D.ª HERMENEGILDA.

CRISPÍN. (Sacando un bollo del bolsillo). Mira, mira, Luterio, lo que le he quitao á mi madre. Nos lo comeremos en el alto, ¿eh?

ELEUTERIO. Escóndelo, que vienen.

D.ª HERM. (Trayendo dos bollos). Tomad uno para cada uno y os marcháis, ¿eh? tened mucho cuidadico no os caigáis al río (sale).

CRIS. Bueno, madre, no nos cairemos (á Eleuterio). ¡Oye, Luterio? ¿sabes que he pensado una cosa?

ELEU. ¿El qué?

CRIS. Mira. Aquí, en este arcón, guarda mi madre unas fuentes de natillas que da gusto! ¿quieres que las probemos?

ELEU. ¡Ay! ¡No! y ¿si nos cogen?

CRIS. ¡Anda! no tengas miedo, verás qué ricas! nos sabrán á gloria!

ELEU. Nó, nó; que después... si lo sabe tu madre... ¡buena nos espera! y el señor maestro...

CRIS. ¡Qué ha de saberlo nadie! ¡No seas tonto! ¡Anda! Tú me detienes la tapa y yo las cojo.

ELEU. ¡Que no! ¡que tengo miedo! Hazlo tú solo.

CRIS. Si no puedo yo solo! ¡Ah, si pudiera!

ELEU. Pues yo no lo hago!

CRIS. Pues, le diré á tu padre que has fumado tabaco con hojas de parra!

ELEU. Pues, no es verdad ¡que fuiste tú!

CRIS. Pues sí es verdad, y aunque no sea, se lo diré, y te mamas una tunda...

ELEU. ¡Bueno (con miedo) pero... (se oyen pasos)

CRIS. ¡Cállate que viene mi madre! Ven á escondernos detrás de la puerta *pa* que no nos vea. (Se esconden detrás de la puerta del fondo) (Entra D.ª Hermenegilda con dos grandes fuentes de arroz con leche y las mete en el arcón).

D.ª HERM. ¡Vaya! ¡Ahí quedan bien guardadas hasta que llegue D. Paco. Ya tengo postre para todos los días que esté aquí el buen señor. (Mirando al arcón) Una de arroz, dos de natilla, otra de huevos moles, bollos y ahora faltan las torrijas que le gustan mucho. ¡Qué bueno se va á poner de dulces don Paco! Como en las ciudades lo malean esto tanto, cuando viene aquí se pone como un chiquillo (Cierra el arcón) Aquí nadie los zancochea, y se conservarán perfectísimamente! Hay que guardarse de los gatos, que son ¡más listos! Después ¡las pondera tanto que no sabe cómo alabar mi habilidad para estas cosas! Pobre señor y qué bueno es y qué agradecido! ¡Vaya! ahora á hacer las torrijas, que no hay tiempo que perder. (Entra por la izquierda y enseguida aparecen Crispín y Eleuterio).

CRIS. Ya marchó, y ahora no hay miedo á que vuelva en un buen rato. ¡Conque manos á la obra, Luterio!

ELEU. ¡Ay Dios mío! Verás como...

CRIS. ¡Anda tonto, no seas melón! ¡Ven acá! Tú sosten la tapa; y yo me pongo esta silla (colocándola junto al arcón) para llegar mejor; saco un buen plato y nos vamos á comerlo al alto de la cruz hasta que vengan esos señores. Verás qué ricas que nos saben. ¡Están de rechupete! (relamiéndose). Anda Luterio, sostén. (Levantando la tapa)

ELEU. ¡Ay! que viene...

CRIS. ¡Qué han de venir, miedoso! sostén. (Eleuterio sostiene la tapa con grandes esfuerzos) Así ¡verás qué pronto estamos en la calle. (Se sube á la silla inclinándose mucho para alcanzar al fondo).

ELEU. ¡Cuánto pesa!

CRIS. Aguárdate un poco más que ya la toco. (En este momento se oyen ruidos dentro).

ELEU. ¡¡Adiós!! ya están aquí! (deja caer la tapa y Crispín cae dentro. Eleuterio echa á correr huyendo por la puerta del fondo) (Aparece D.ª Hermenegilda y Cipriana).

ESCENA CUARTA

D.ª HERMENEGILDA Y CIPRIANA

D.ª HERM. Ya no tardarán mucho en llegar! Aquí prepararemos unas copas con *esponjaus* y unas goticas de anís para que no se constipen con el sudor del viaje. (Las prepara en la mesa).

CIP. Ya puede V. obsequiar bien á ese señor. Tanto como hace por Vds!

D.ª HERM. Todo se lo merece su mercé ¿verdad *Cipriana*?

CIP. Pues ya lo creo!

D.ª HERM. ¡Quién pudiera darle manjar bendito! Aunque fuera al otro mundo iba por él! Ajajá! Ya está todo listo. Ahora voy á arreglarme un poco que ya no tardarán en llegar! (se quita el mandil y manguitos y se arregla).

CIP. Yo vuelvo enseguida, D.ª Hermenegilda.

D.ª HERM. ¡Bien señora Cipriana! Véngase con su marido y los presentaré á ese señor, y ¡muchas gracias por todo!

CIP. No se merecen. Hasta *dispués*. (Sale).

ESCENA QUINTA

D.ª HERM. Pues no digo nada, si voy á darme tono de Doctora! Verá V. qué finuras y qué cortesías! Para eso mi marido es un bendito. Todo á la pata llana! y si yo no estoy encima á lo mejor suelta cada *descortesía* ¡vamos! que me hace sufrir lo que no es decible! ¡Gracias á que todo lo disimula el buen señor, pero ¡no deja de comprenderlo! (Se oyen pasos y voces) ¡Se conoce que ya llega. (Sale á la puerta).

CRIS. (Queriendo levantar la tapa) Y ¿quién me saca de aquí ahora? ¡Santo Dios, buena me espera! (Al oir las voces vuelve á entrarse).

ESCENA SEXTA

D.ª HERMENEGILDA, D. SOTERO Y D. FRANCISCO

D.ª HERM. Y qué tal ¿se ha fatigado V. mucho en el viaje?
D. FRANC. Poca cosa, Hermenegilda. Algo de polvo y nada más.
D.ª HERM. ¡Vaya, pues, tome V. asiento y descanse! ya le limpiaremos bien la ropa. Ahora un poquito de agua con anís para cortar el sudor.
D. FRANC. Bueno, lo que quieras.
D. SOT. Sácale unas torrijas ¡mujer!
D. FRANC. Nó, eso nó, que me quitaría las ganas de comer.
D.ª HERM. Pues es claro, hombre. ¿Y su augusta familia?
D. FRANC. (Aparte). ¡Anda con el título!
D.ª HERM. ¿Ha quedado bien?
D. FRANC. Todos están sin novedad, gracias á Dios.
D.ª HERM. Y los niños? Bien podía haber traído al pequeñín ¡qué embeleso de criatura!

D. Franc. No, hija, no. No quiero estorbos. Vengo á pasar un par de días tranquilos y mejor se está solito, solito, con vosotros.

D.ª Herm. ¡No sabe V. la alegría que nos trae viniendo á esta casa! Todo está á su disposición.

D. Sot. Mujer, eso por sabido se calla!

D.ª Herm. Enseguida vendrá el Sr. Alcalde y la alcaldesa á ofrecer á V. sus *sentimientos!*

D. Sot. Sus respetos ¡querrás decir!

D.ª Herm. ¡Ay sí! me había equivocado.

D. Franc. Y el pequeño ¿qué tal?

D.ª Herm. ¿No le han visto? (Con alegría).

D. Sot. ¿Dónde está? llámalo.

D.ª Herm. Pues si salió á esperarles!

D. Franc. Y ¿qué? insisten ustedes en que estudie la carrera eclesiástica?

D.ª Herm. Pues sí señor, ¡ya lo creo! si no piensa el pobrecillo en otra cosa!

D. Sot. (Haciendo gestos de duda) (ap.) ¡qué se yo!

D.ª Herm. Nada, nada! Cuando V. quiera puede entrar en el Seminario!

D. Sot. Listo sí que es! yo me deshago porque aprenda bien las primeras lletras y si no fuera por ésta que lo mima tanto, á estas horas sabría más, don Paco.

D.ª Herm. ¡Bach! ¡ya salió con la suya! ¿pues en qué lo mimo yo?

D. Sot. En nada, ¡nada! ¡nada!

D.ª Herm. Figúrese V. D. Paco que ayer me le arrea una gran paliza porque decía la verdad.

D. Franc. ¿Cómo?

D. Sot. ¡Ya está aquí Cicerón!

D.ª Herm. ¡Vamos á ver si tenía razón ó nó! Se empeñaba su padre en que *levita* era femenino! yo decía que nó; que era femenino, según á quien pertenecía.

D. FRAN. Já, já, já...

D.ª HERM. ¿No tengo yo razón?

D. FRAN. No hija no! levita siempre es femenino pertenezca á quien quiera!

D. SOT. ¿Vamos, te convences?

D.ª HERM. (haciendo un gesto de desagrado) Porque lo dice don Paco, que si nó...

D. FRAN. Tú siempre la misma, ¿verdad Hermenegilda?

D.ª HERM. ¡Cuántas veces tengo que corregirle la plana, sobre todo en ortografía! ¡Mire V. el otro día ponia un oficio al Sr. Gobernador y le decía: tengo la honra... sin ache y con dos erres.

D. SOT. Y para de contar!

D.ª HERM. Y ver lo escribías con b de burro!

D. SOT. Pero ya estaba *enmendao*.

D.ª HERM. A quién si no á mí debes el haber entrado en algo de ortografía?

D. FRAN. (sonriendo) ¡Tienes razón, Hermenegilda. ¡Cuánto trabajo le costó aprenderla!

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS y el ALCALDE y CIPRIANA muy peripuesta.

ALC. (Desde la puerta). ¿Se puede pasar?

D.ª HERM. ¡Adelante! El Sr. Alcalde. (D. Francisco se levanta). Levántate, zoquete (á D. Sotero).

ALC. *¡Güenos* días, señores!

D.ª HERM. El Sr. Alcalde y su mujer (presentándolos).

ALC. ¿Cómo está su mercé? (á D. Francisco).

D. FRAN. Muy bien, y V., Sr. Alcalde?

ALC. Todos güenos; ésta tiene un poco de diarrea, pero no es cosa de *cuidau*.

D. FRAN. ¡Vamos! será algún pequeño cólico.

CIP. Sí señor. Es que comí ayer unos cascabelillos verdes y sin duda se me enfrió la tripa!

D. FRAN. Eso pronto se quita.

D.ª HERM. ¡Enseguida! Con un poco de aceite ricino que yo le daré á V. *señá* Cipriana. Y ¿qué le parece á usted el señor?

CIP. *Mu güeno, Gilda.*

D. SOT. *Siéntensen* Vds., Sr. Alcalde. Ponles sillas, Gilda, y que tomen una copa.

ALC. (Sentándose). Con *premiso.*

D. FRAN. Bien, Sr. Alcalde; y qué tal? da mucho quehacer el cargo?

ALC. ¡No es cosa de *cuidau!*

D.ª HERM. ¡Ay! pero Crispín... ¿dónde estará el chico? (Sale á la puerta izquierda).

D. FRAN. ¿Cuánto tiempo lleva V. ejerciendo?

ALC. De Alcalde llevo... (á Cipriana) ¿cuánto hace Cipriana?

CIP. *Pa* San Antón el de los tocinos hará dos años.

ALC. Tienes razón.

D.ª HERM. (Saliendo de prisa). ¡Pues sabes que no encuentro á Crispín! ¿No lo ha visto V. *señá* Cipriana?

CIP. ¿A quién?

D.ª HERM. Pues á mi chico.

CIP. No; no lo he visto por *denguna* parte.

D.ª HERM. ¡Ay! Dios mío, pues ¿dónde estará? (Sale á la puerta del fondo). ¡Críspín! (Llamando) ¡Crispín! (entra) Pues si no contesta. ¡Dios santo! Pues dónde se habrá ido? (A D. Sotero) Pero tú tampoco lo has visto?

D. SOT. Que no mujer. Si se quedó en casa!

D.ª HERM. Pues no está.

D. FRAN. Déjenlo Vds. que ya vendrá.

D.ª HERM. ¡Ay! qué crío! No señor; me voy á buscarlo (Sale por el fondo).

D. FRAN. ¿Y qué tal? ¿hay mucha caza, señor Alcalde?

ALC. Bastante, regular! Si no fuera porque yo *presigo* á los laceros, no habría ni una pluma! Pero ¡vamos! aun se puede salir. ¡Cuando su *mercé* quie-

ra iremos; yo tengo un par de perros superiores y escopetas todas las que hagan falta.

D. FRAN. ¡Corriente! pues mañana mismo! ¿que te parece, Sotero?

D. SOT. Muy bien ¡por mí estoy dispuesto á cualquier cosa! lo que es menester que V. se divierta! para eso viene.

D. FRAN. Pues mañana si Dios quiere.

ALC. Está *mu* bien.

D. SOT. ¿Visitará V. la escuela? por supuesto!

D. FRAN. Ya veremos; por *esta vez* me parece que lo dejaremos (entra D.ª Hermenegilda sofocada)

D.ª HERM. Pero Dios mio! ¡si no aparece mi chico! Nadie me dá razón de él.

ALC. ¡Pues hombre!

D.ª HERM. Qué haces ahí tú (á D. Sotero) cacharrudo! Por qué no vas á buscarlo? ¡Ay Virgen santa! Que habrá sido de él, si se habrá caído al río! si se habrá ahogado! ¡Por Dios Sr. Alcalde, mi chico mi Crispín! ¿dónde está?

ALC. Pero *seña* Gilda!...

D.ª HERM. Si le habrá dado algún accidente! ¡Ay hijo de mi alma!

D. FRAN. Todos se (levantan) Cálmate, cálmate, que ya aparecerá.

D.ª HERM. ¡Si no es posible D. Paco! ¡Cómo no venir él sabiendo que está V. aquí ¡Se habrá perdido! habrá fenecido! ¡hijo de mi corazón!

D. SOT. Pero no dices que había salido á esperarnos?

D.ª HERM. Sí, pero no ha vuelto.

CIP. Ya voy yo á preguntar al mío (sale)

D.ª HERM. Ande V. por Dios! y V. señor Alcalde pregónelo por las afueras!

ALC. Bueno, pues ya voy (sale)

D. FRAN. Si no puede ser que esté perdido ¡ya vendrá mujer!

D. Sot. Ay! ay! me temo alguna fechoría.

D.ª Herm. Que nó! que á mi chico le ha pasado algo ó se ha caído ó se ha ahogado ó se ha muerto! ¡Ay rico mío! (llorando) ¡Crispín, Crispín de mi vida! (sofocada yendo de un lado á otro) ¿Donde estás?

D. Sot ¡Pero mujer no te pongas así!

D. Fran. ¡Sosiégate, Hermenegilda!

D.ª Herm. ¡Ay! yo me pongo mala, me muero no sé que me pasa ¡Agua! ¡agua!

D. Sot. Ven siéntate aquí (la sienta en una silla sollozando)

D. Fran. Pues señor, estamos buenos!

D. Sot. ¡Vamos, toma! (dándole agua).

D.ª Herm. ¡Ay! ¡ay! ay! (bebiendo).

D. Fran. Cálmate, mujer, cálmate, que ya vendrá.

D.ª Herm. ¡Ay D. Francisco! nuestro gozo en un pozo.

D. Fran. ¡Que nó, mujer! (entran Cipriana, Eleuterio y otras vecinas).

Cip. Qué, ¿se ha puesto mala?

D.ª Herm. ¿Lo has encontrado? (reponiéndose).

Cip. Ya ha ido mi marido con el alguacil á buscarlo!

D.ª Herm. ¡Ay, Dios mío! ¿qué habrá sido de él? (medio llorando).

D. Sot. ¡Ay, qué trabajos, Dios mío! me voy, me voy yo también á buscarlo. No te vayas de aquí, Cipriana, por si acaso. ¡Ay qué sustos! me temo que de ésta me quede viudo! (Sale)

D. Fran. ¿Y con quién se fué á esperarnos?

D.ª Herm. Con Luterio, que eran muy amigos, el hijo de la alcaldesa!

D. Sot. Pues preguntadle á ese chico.

Cip. Ya le pregunté yo y dice que no sabe! Donde estás, Luterio! oye, (á Eleuterio, que permanece todo el rato cogido de las faldas de Cipriana, ocultándose siempre detrás de ésta) ven aquí; no fuiste tú con Crispín? dílo, hijo mío!

Eleu. (Sin separarse de su madre). No, que me pegarán.

D.ª HERM. (Levantándose apresurada). ¡Qué! ¿Lo has visto?
ELEU. (Medio llorando). ¡Ay! nó, que me pegarán.
CIP. ¡Dílo, hijo mío, que no te pegaremos!
D. SOT. (Entrando) ¡Pues no parece!
D.ª HERM. ¿Tú le viste meterse?
ELEU. Sí, señora.
D. SOT. ¡Ay Dios mío! ¿y le viste caer al hondo?
ELEU. Sí señor.
D.ª HERM. ¡Ay cielos! ¡se ahogó!! (Cae en los brazos de D. Francisco)
ELEU. No señora, no está ahogado.
D.ª HERM. (Reponiéndose). ¿Qué dices, que no? ¿No había agua?
D. SOT. ¿No se cayó?
ELEU. No señora; sí señor.
D.ª HERM. Pues entonces ¡acaba! ¿dónde está?
ELEU. (Mirando al arcón). ¡Dentro!
D.ª HERM. En casa? ¿en dónde? (yendo de un lado para otro).
ELEU. ¡Ay! jé, jé, jé. (Llorando).
CIP. No llores, vamos, dí dónde está si lo sabes.
ELEU. Ahí mismo. (Señalando al arcón).
D.ª HERM. (Va corriendo al arcón, levanta la tapa y al ver á su hijo lanza una exclamación fuerte. Todos se acercan y se retiran admirados y prorrumpiendo en carcajadas unos, exclamaciones otros y Eleuterio llorando, D.ª Hermenegilda saca á Crispín todo impregnado en natillas y lo deja en medio de la escena). (Quédase á la discreción de los actores el dar vida y animaciòn á este cuadro). (En este momente llega el alcalde y varias vecinas).

Para ejecutar con facilidad esta tramoya, procúrese en lo posible que el arcón tenga salida oculta, á fin de que Crispín pueda prepararse bien en el tiempo que está dentro, con harina, algodón en rama y demás que invente el actor, para cuando aparezca impregnado de las natillas, resulte del mayor efecto posible á los espectadores.

ALC. Ya ha *paicido* el mozalbete?
D. FRAN. (riéndose) Aquí le tiene V.
ALC. ¡Vaya un pastel! pues menuda *regolución* se ha *armau* en el vecindario.

D. SOT. Anda, anda Gilda, hazle ahora mimos. ¡Lástima de correazos.

D.ª HERM. Pues hijo, nos has dado un susto que *pa* qué! ¡Pobrecico mío y cómo se ha puesto!

D. SOT. Lo que siento yo son las natillas!

D.ª HERM. Por eso no se perderán! Vamos hijo vamos á cambiarte de ropa para que no te enfríes.

D. FRAN. Sí, sí, ya le puede echar V. en la colada

CIP. ¡Vaya pues! mas vale así.

D. SOT. Ve V. el ingenio de ese chico? No le está mal todo eso á su madre! Yo ahora le rompería una costilla!

D. FRAN. No tanto, hombre, no tanto.

ALC. *Pus siñores* nosotros nos retiramos si no ocurre otra cosa.

D. SOT. Nada señor Alcalde, muchas gracias por todo. Mañana ya lo sabe ¿eh? prepare V. todas las cosas.

ALC. Corriente! á las tres de la mañana estaré en la puerta. Adiós (sale con su mujer, Eleuterio y demás vecinos)

D. SOT. Cuidado con el crío y qué rato nos ha hecho pasar!

D. FRAN. Ya se pasó ¡Lo que deben Vds. hacer con él es llevarlo pronto al Seminario!

D. SOT. Será lo mejor, porque si nó me temo que se le vaya la vocación y perdamos todo. Cuando V. quiera D. Paco.

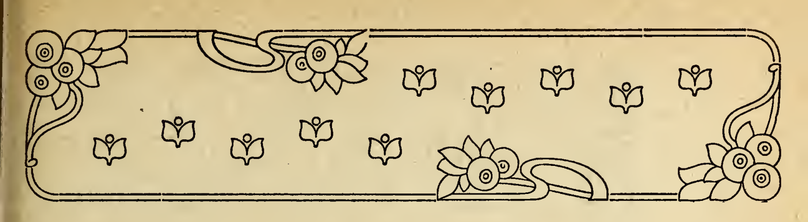
D. FRAN. Pues que se venga conmigo y lo pondremos en los Escolapios hasta que pueda empezar á estudiar el latín.

D. SOT. Es lo más acertado.

D. FRAN. Yo lo recomendaré bien, y allí sujeto verá V. como deja esas travesuras. Ahora vamos á descansar que tengo ganas. ¿Cuál es mi habitación?

D. SOT. Por aquí, venga V. (Entran por la izquierda y cae el telón).

Fin del segundo acto



ACTO TERCERO

Escena: En el fondo la fachada de un hospital, con puerta practicable sobre la que se leerá: «Hospital de heridos». *Si es posible, una tapia ó verja de poca altura delante de la fachada, pero también con puerta ó entrada, de manera que no impida la vista de la anterior. A los lados jardín y bancos de piedra. Han pasado ocho años.*

ESCENA PRIMERA

Se alza el telón y enseguida aparece por la derecha D.ª Hermenegilda, enlutada y con paso fatigoso.

D.ª HERMENEGILDA

¿Si será aquí? ¡Nadie se vé por este despoblado! ¡qué soledad más triste! (Mirando á los lados y parándose á la entrada de la verja). No cabe duda, ésta tiene que ser la casa. ¿Si llamaré? Pero nó; esperaré aquí hasta que abran. (Se sienta junto á la entrada) ¿Quién me había de decir que tendría que verme en estos trances! ¡Ya sola en el mundo, sin más amparo que el de Dios! ¡Qué vejez más angustiosa me espera! ¡Si me admitieran siquiera en el asilo! ¡No lo sé! ¡Desconfío! ¿Qué van á hacer de mí si ya no valgo para nada? ¡Ay cielos! ¡Aquel hijo... aquel hijo! ¿quién lo habrá pervertido? ¿qué ha-

brá sido de él para que tan fácilmente haya olvidado mis cariñosos consejos y me abandone de esta manera? ¡Se habrá juntado con malas compañías, habrá visto malos ejemplos ¿qué sé yo? ¡si era tan bueno... tan dócil...! si aquellas travesuras... no pasaban de ser cosas de niños... No puedo convencerme ¡vamos! ¡Es imposible que mi Crispín haya dado lugar á tantas desgracias! ¡Si yo pudiera verle! ¡Ay, qué desdichada soy! (Se abre la puerta del Hospital y aparece Sor Margarita).

ESCENA SEGUNDA

D.ª HERMENEGILDA Y SOR MARGARITA

D.ª HERM. ¡Calla! ya abren la casa! (levantándose). ¡Ay! ¡qué alegría! y allí se ve una monjita. Iré á hablarle. (Adelantándose). (Sor Margarita sale á su encuentro). ¡Ay hermanita! dígame.

SOR M. ¿Qué queréis, buena señora?

D.ª HERM. ¡Si V. fuera tan buena que...

SOR M. ¡Hablad! ¿qué deseáis?

D.ª HERM. Si V. supiera decirme...

SOR M. Qué, ¿os habéis perdido?

D.ª HERM. No lo sé, hermanita. Yo venía en busca de una casa en donde albergarme,

SOR M. Pues ¿de dónde sois?

D.ª HERM. De muy lejos de aquí!...

SOR M. Y cómo! ¿vivís acaso en Madrid, ó es que váis de paso para vuestro pueblo?

D.ª HERM. Nada de eso, hermanita. Yo soy... (aparte) ¡Ay, si lo diré! (A Sor Margarita). Soy de Quiñones.

SOR M. De Quiñones!

D.ª HERM. Qué? ¿conocéis acaso ese pueblo?

SOR M. De referencias. Soy yo también de aquella comarca.

D.ª HERM. ¡Ay! ¡cuánto me alegro!

SOR M. Pero, bien, y ¿cómo os encontráis vos aquí?

D.ª HERM. Mire, hermanita. He venido obligada por la necesidad, por esa necesidad que el cariño impone. Me veo sola en el mundo, soy viuda y... no sé si soy madre! (con tristeza) ¡dicen que nó! podrá ser verdad, pero yo no puedo convencerme. Mas, sea de esto lo que quiera, no me queda otro remedio que mendigar un albergue, un asilo ó un hospital en donde pase mis últimos años como Dios sea servido. Observo que las fuerzas me faltan, los años y los achaques pesan ya mucho sobre mí, consumida á fuerza de disgustos y sinsabores; ¿qué he de hacer? Mi delicadeza no me consiente ser enojosa á nadie; por eso, hermana mía, he salido en busca de un asilo que me dijeron existía en este despoblado!

SOR M. Efectivamente; muy cerca de aquí le tenéis.

D.ª HERM. Decidme pues, ¿podré entrar en él?

SOR M. Señora; yo no puedo daros una contestación categórica, porque no soy yo quien lo ha de hacer. Si así fuere, desde ahora quedábais á mi cuidado; pero no desconfiéis, haré cuanto pueda por usted. Ya os recomendaré al Director, con quien tengo alguna confianza.

D.ª HERM. ¡Gracias, mil gracias! buena hermanita. ¡Dios le dé el cielo en pago de su caridad! De manera que esta no es la casa, está más adelante.

SOR M. Sí; es esta otra que se ve ahí cerquita; esto es Hospital de heridos reclusos. Pero no vayáis ahora, esperad un poquito y luego que yo hable con el Director, ya os daré instrucciones.

D.ª HERM. Lo que queráis, hermanita. Yo haré todo lo que me mandéis.

SOR M. ¡Bueno! por lo pronto sentaos ahí, descansad, y voy á traeros una tacita de caldo ¿eh?

D.ª HERM. Nó; no os molestéis. Dios os lo pague y yo lo agradezco como si lo tomara, pero no lo necesito.

SOR M. Pues!

D.ª HERM. Me dá de comer un señor que siempre nos ha protegido y en cuya casa estoy desde que llegué á Madrid; y por eso, porque no quiero causar tanta molestia á esa familia, he venido sin decirles nada á ver si conseguía ser admitida en el asilo. Si ellos lo supieran, seguramente lo tomarían á mal!

SOR M. ¡Bien, pues entonces, aguardad que yo tengo que dejaros un momento, porque mis obligaciones me llaman!

D.ª HERM. Si os parece volveré luego.

SOR M. Como queráis.

D.ª HERM. Me marcho, pues, y dentro de un rato, aquí estaré.

SOR M. Muy bien, yo entre tanto veré al Sr. Director del Asilo. Andad con Dios.

D.ª HERM. ¡Que él os guarde, buena hermanita! y ¿cómo es vuestro nombre? por si acaso...

SOR M. Preguntad por sor Margarita. (Entrase Sor Margarita).

D.ª HERM. ¡Gracias! ¡Qué monjita tan cariñosa y tan buena! Ella va á ser mi último amparo. Sin duda Dios no ha querido abandonarme del todo. Volveré luego. ¿qué voy á hacer? Es la mejor solución que puedo aceptar, y creo que D. Paco no ha de enojarse por eso. Entre tanto, pues, voy á aprender el camino ya que estoy aquí. (Váse por la izquierda).

ESCENA TERCERA

D. FRANCISCO Y EL JUEZ que entran por la derecha.

JUEZ. Será imposible amigo D. Francisco, es reincidente y no habrá medio de salvarle. Voy á tomarle la última declaración y de lo que resulte, si el médico ha dejado firmada el alta, hoy mismo será llevado á la Audiencia para leerle la sentencia condenatoria.

D. FRAN. ¿Y qué opina V.?

JUEZ. ¡Ah! no sé qué resolverá el jurado, pero hay muy malas impresiones. Si no piden reclusión perpetua, al menos el destierro es seguro.

D. FRAN. Ya ve V. que no fué él solo; y no ha de salir el peor librado.

JUEZ. Sí; pero todos convienen en que fué el iniciador, con la agravante de ser el cabeza de motín y el que escribió los artículos difamatorios contra el Obispo. Esto está comprobado. Y si no hubiera sido porque cayó herido, no sabemos las víctimas que hubieran causado sus depravados intentos.

D. FRAN. En fin, veo que no hay remedio. Me he tomado por él más interés que si hubiese sido hijo mío. Se empeñó en ser desgraciado; yo después de todo estoy tranquilo porque veo que ha sido malo por perversión. Lo siento más por su pobre madre que por él. ¡Cuánto le ha hecho sufrir!

JUEZ. ¿Y está aquí todavía?

D. FRAN. Sí; la tengo en mi casa por caridad y por la memoria de su buen marido á quien yo quería entrañablemente. Ella está creída de que su hijo ha huído á las Américas por librarse de la justicia. Así se lo hice yo comprender, quitándole toda esperanza de que vuelva á verle, para que siquiera esté más tranquila.

JUEZ. ¡Pobre mujer!

D. FRAN. Ha sido siempre para él una madre tan buena, embobada con sus agudezas, dejándole hacer todo lo que quería y ahora viene á sufrir las consecuencias.

JUEZ. ¡Sí, lo comprendo! frutos de una educación mal entendida.

D. FRAN. Ni más ni menos.

JUEZ. Pues bien; de todos modos yo haré cuanto pueda en obsequio de V. Ahora voy á ver si el médico ha firmado el acta como supongo.

D. FRAN. Conque Sr. Juez. He tenido el gusto de acompañarle hasta aquí; ya me retiro y muchas gracias por todo.

JUEZ. Si quiere V. pasar no hay inconveniente. Así podrá V. saber si hoy se resuelve ó nó la causa.

D. FRAN. Acepto. Pasaré y le dejo al momento. (Entran en la casa).

ESCENA CUARTA

D.ª HERMENEGILDA: por la izquierda, mas tarde, SOR MARGARITA y D. FRANCISCO

D.ª HERM. Me parece que he visto entrar ahí á D. Francisco. ¡Cuánto sentiría que me viese por estos lugares! ¡Bah! si así fuese le diré que he salido á dar un paseo. Puede ser que sospechara algo? Pero nó; ¡pobrecillo, nos ha querido siempre tanto! Por ese cariño que nos tiene es por lo que tantas veces se ha enfadado conmigo, atribuyéndome á mí la desgracia de mi Crispín. ¿Qué culpa tengo yo? ¡que le daba muchas pasadas! Bien puede ser, pero... ¡quiá! eso no podría traerle tan malas consecuencias. Desde que dejó el Seminario es cuando empezó á echarse á perder y no ha podido ser otra cosa que las malas compañías; y si nó, mira como no ha sido el solo el

que apedreó el Convento, ni el que atropelló al guardia que dicen que murió. Nó; fueron muchos, tal vez mi chico sería el que menos parte tuviera. Lo que yo no le perdono es que me haya abandonado tan completamente. ¡Cuidado no venir á verme en dos años y medio, y no escribirme más que una vez, y marcharse ahora sin decirle adiós á su madre, ¡ah! esto si que no tiene perdón de Dios. Nó, no se lo perdono. Tanto como yo le quiero... pagarme de esa manera... ¡imposible! ¡ingrato, más que ingrato!

(Sor Margarita sale en este momento del Hospital).

SOR M. ¡Hola! Ya estáis aquí buena señora. ¿Qué es eso que hablábais? ¿A quién llamábais ingrato?

D.ª HERM. ¡Ay hermanita! Hablaba conmigo misma. No quise marcharme á casa por no haceros esperar. Si todavía no habéis tenido tiempo para hablar al Sr. Director, me esperaré, no tengáis cuidado, por aquí estaré entretenida! ¡Me gusta tanto estar sola!

SOR M. ¡Descuidad, que ahora está en casa el Sr. Director; acaba de llegar hace un momento y cuando salga le hablaré.

D.ª HERM. ¿Serían dos señores que yo ví entrar en la casa?

SOR M. Uno de ellos era, que á la vez que es Director del Asilo, es también Juez del distrito y está tomando declaración á un herido.

D.ª HERM. Y dígame, ¿conoce V. al otro señor que le acompañaba? Me pareció que era D. Francisco Ramírez.

SOR M. No sé quién es, pero sí que he oído que le llamaban D. Francisco.

D.ª HERM. ¡Ay, pues entonces... me marcho corriendo porque si me vé aquí, sospechará mis planes y no quiero...

SOR M. ¿Pues?

D.ª HERM. Sí, sí, me marcho; que temo no sea de su agrado el que entre yo en el Asilo. Hasta luego hermanita; no me olvide ¿eh? por Dios se lo pido. Tenga compasión de mi desgracia! (Marchándose por la izquierda).

SOR M. No pase V. pena, que todo se arreglará con el favor de Dios. Marche en paz y vuelva dentro de media hora lo más. (En este momento aparece por la puerta D. Francisco, ocultándose inmediatamente).

D.ª HERM. ¡Conforme! Por aquí estaré oculta hasta que vea salir á esos señores. (Sale).

SOR M. ¡Pobre mujer! qué compasión me inspira ¡sin duda que ha sufrido mucho y por eso quiere retirarse del mundo! Pues se lo diré al Sr. Director en cuanto salga.

(D. Francisco sale del hospital apresuradamente y sin detenerse... Al cruzar con Sor Margarita que entra se saludan.)

D. FRAN. ¡Buenos días hermanita!

SOR. M. V. lo pase bien, vaya V. con Dios! (entra en la casa)

D. FRAN. Me pareció ver á Hermenegilda; no dudo que ella era y no conviene que me vea por aquí, porque pudiera sospechar algo. ¡Buen disgusto llevaría la pobre si supiera que su hijo estaba herido y que va á ser condenado á presidio. Nó; es lo mejor ocultarlo; después que la causa termine, trabajaré para que la admitan en un asilo, en donde pueda pasar tranquilamente sus últimos años. Ahora voy á la Audiencia á ver el fallo del tribunal. (Sale por la derecha).

ESCENA QUINTA

D. JOSÉ y SOR MARGARITA

D. JOSÉ. (saliendo con Sor Marg.) ¡V. siempre tan amable y tan fina!

SOR. M. Es que sin duda se ha rozado en alguna pared;

lleva V. toda la manga llena de cal (limpiándole) ¡como voy á consentir que vaya D. José de esta manera, todo un señor Juez...

D. José. ¡Ay, ay, ay! Algo me parece que busca V. cuando está tan zalamera!

Sor. M. ¡Qué listo es V. D. José!

D. José. ¿Eh? acerté?

Sor M. Sí señor, necesito una cosilla que V. puede conseguirme. ¿A que nó me lo hace V.?

D. José. ¡Según y conforme!

Sor M. ¡Vaya! ¡ya empieza usted con evasivas, como siempre!

D. José. Vamos á ver ¿qué es lo que quiere sor Margarita?

D. José. Pues que admita V. en el Asilo á una pobrecilla mujer.

Sor M. Jé, jé, jé. ¿Con estas salimos? ¡V. siempre abogando por los pobres!

Sor M. ¡Nada, nada, hay que admitirla!...

D. José. ¡Lo dijo sor Margarita y asunto concluído!

Sor M. ¡Pues, sí señor!

D. José. ¿Quién se resiste? ¡Corriente! Dígaselo á la Superiora y que extienda la cédula de admisíón; yo la firmaré esta tarde. ¿Quiere usted más?

Sor M. Dios se lo pague, D. José.

D. José. V. hace de mí lo que quiere. ¡Está visto!

Sor M. ¡Ya, ya!

D. José. Pues hasta la tarde; que ahora tengo que asistir enseguida á la Audiencia, antes que lleven al Crispín. Adiós.

Sor M. ¡Pobrecillo!—¡Adiós, D. José, que no se canse!

(D. José se marcha por la derecha y enseguida aparece D.ª Hermenegilda).

ESCENA SEXTA

D.ª Hermenegilda y Sor Margarita

Sor M. ¡Vaya! Está V. de enhorabuena. Ya tiene concedido permiso para ingresar en el Asilo. ¡Verá que bien lo pasa V. allá. Yo iré á hacerle alguna visita de vez en cuando. ¿Qué le parece?

D.ª Herm. ¡Ay hermanita! ¡Cómo voy á pagarle yo este favor!

Sor M. Déjese V. de pagos. Ahora le daré una tarjeta para que con ella se presente á la Superiora del Asilo y esta tarde, si V. quiere, podrá ya ingresar.

D.ª Herm. Sí, sí, cuanto antes mejor. No quiero causar molestias en casa de D. Francisco.

Sor M. Digame y ¿cómo se llama V.?

D.ª Herm. Hermenegilda Tejáda para servir á Dios.

Sor M. ¡Ah! ¿V. es D.ª Hermenegilda?

D.ª Herm. Pues? ¿Acaso V. me conoce?

Sor M. ¿V. es la esposa de D. Sotero?

D.ª Herm. La misma.

Sor M. ¿La señora del maestro de Quiñones?

D.ª Herm. Eso es.

Sor M. (Aparte.) (Con admiración.) ¡Santo Dios! pues si es la madre del herido que trajeron preso por las últimas algaradas! ¿Pues cómo? ¿No sabrá que está en el Hospital? ¿Si se lo diría?

D.ª Herm. ¡Qué es eso, Sor Margarita! parece que le ha impresionado á V...

Sor M. Nó, nó; es que... estaba recordando... Oiga V. y ¿no tenían Vds. un hijo?

D.ª Herm. ¡Ay! (ap) qué le diría?—Sí señora, teníamos un hijo... pero no me lo recordéis, que siento traspasarse de pena mi corazón.

Sor M. Qué? ¿acaso murió?

D.ª Herm. No lo sé; me han dicho que nó, pero para mí

como si hubiera muerto. Ha sido un ingrato! ¡Ay Dios mío, no lo quería decir! ¡me avergüenzo! (cubriéndose el rostro con las manos).

SOR M. No tengáis reparo, buena señora.

D.ª HERM. Vds. son muy buenas y no deben saber ciertas cosas.

SOR M. ¡Bah! Ya sabemos que todos somos pecadores, pero debemos confiar en la misericordia del Señor que es muy grande. Decidme, decidme su historia, os lo suplico.

D.ª HERM. Me llena de rubor, pero yo con usted debo ser siempre complaciente. Oidme pues, seré muy breve. Sí; tuvimos un hijo, que era un encanto, listo como él solo, aficionado á la Iglesia de una manera atroz, yo le inculqué la idea de que fuese sacerdote y conseguimos que entrara en el Seminario. ¡Figúrese V. qué esperanzas tan risueñas abrigaríamos nosotros para cuando llegase á ser un ministro del Señor! Viviríamos á su lado, tranquilamente, bendiciendo á Dios, que nos proporcionaba tanto bien; pero... ¡Ay Dios mío!

SOR M. Prosiga V.

D.ª HERM. Murió su padre, víctima de una pulmonía infecciosa, á los cinco años que habían transcurrido; desde entonces, parece que nuestra estrella se eclipsó. Aquel hijo dejó de ser lo que antes era. Salió del Seminario, se empeñó en seguir otra carrera, engañó á su protector, que lo miraba como suyo, me engañó á mí, dejó de venir al pueblo, se olvidaba de escribirme y llegó hasta tal extremo de locura que... ¡no puedo decirlo hermanita! se me ahoga el corazón al pensarlo! ¡Ay!

SOR M. ¡Vamos tranquilícese V.!

D.ª HERM. En una ocasión de esas en que el cariño de una madre por su hijo que vé perderse, le obliga á

correr tras él, arrostrando todos los peligros y trabajos, por sacarlo del mal y atraerlo con caricias y perdones al bien... me presenté ante él, suplicándole, pidiéndole de rodillas que abandonara la mala vida que llevaba, echándome á sus piés derramando lágrimas y casi desfalleciendo de dolor y ¡qué monstruosa ingratitud! á la vista de todos me despreció, negando que yo fuese su madre!

SOR M. ¡Por Dios! ¡y es posible!

D.ª HERM. Tuve que dejarlo y volverme á mi pueblo para ahogar mi pena en la soledad de mi casita. Sola y pobre me ví y casi abandonada del mundo, rogando á Dios continuamente por aquel hijo tan ingrato, hasta la justicia me reclamó ¡por desgracia! para que diese informes de aquel hijo, que ya no ví más. Vine aquí, con tan triste motivo, y en vez de encontrarse con el consuelo de abrazar á mi hijo, me dicen que había huído á las Américas por librarse de caer en manos de la justicia, que le perseguía por no sé que algaradas que había levantado en la Ciudad contra la religión. Y aquí me tiene V. viviendo de la caridad de buenos amigos y de tan buenas almas como V. No quiero ya volver á mi pueblo, porque algun día me encontrarían cadáver, no tanto por necesidad como por el dolor y el sufrimiento. ¡Siento dejar aquel rinconcito tan lleno de recuerdos para mí, pero... ¿qué voy á hacer? si entro en el asilo en él dejaré ya mis huesos.

SOR M. (Preocupada). Sí, que entrará V. ¡no pase pena! Y dígame ¿cómo se llamaba su hijo?

D.ª HERM. Crispín.

SOR M. ¿Crispín Mingote?

D.ª HERM. Y Tejada.

SOR M. (Aparte). ¡El mismo! No cabe duda. Y dice V. que

ha marchado á las Américas? ¿cuánto hace que partió?

D.ª Herm. Yo no lo sé de fijo, pero según me dijo D. Paco hará dos meses próximamente.

Sor M. Y ¿no sabe V. si ha vuelto?

D.ª Herm. Yo no sé nada, Sor Margarita.

Sor M. Pues bien podía suceder que...

D.ª Herm. ¡Qué? ¿sabe V. algo?

Sor M. (aparte). ¡Ah! ¡no me atrevo á decírselo!

D.ª Herm. ¡Sor Margarita! ¡por Dios!

Sor M. No es imposible que esté en España! ¡Quién sabe si Dios!...

D.ª Herm. ¡Qué me dice? ¡ay si fuese verdad! yo iría á buscarle, á abrazarle, á ponerme otra vez á sus pies! No me importa que haya sido lo que quiera, siempre para mí será mi hijo, y un hijo, por malo que sea, es siempre la esperanza de sus padres! En dónde está? ¡por Dios! ¡dígamelo si lo sabe!

Sor M. No puedo ahora, D.ª Hermenegilda, ya me cercioraré más y esta tarde le diré lo que sepa.

D.ª Herm. ¡Ay sí! Será otro nuevo favor que le agradeceré á V. con toda mi alma. Entérese V. No sabe la alegría que ha despertado en mi corazón! ¡Dios mío si yo le pudiera ver! (llorando) hijo de mi corazón!

Sor M. Encomiéndelo á Dios y hágase V. fuerte á las impresiones, que pueden perjudicar mucho á su salud.

D.ª Herm. Estoy muy fuerte, serena, sé ya sobreponerme á las mayores emociones. Llevo sufrido tanto!

Sor M. ¡Vaya, pues, hasta la tarde! (entra en la casa) (ap.) ¡No me atrevo á descubrirlo!

D.ª Herm. No tendrá esta desdichada madre tanta felicidad! ¡No deja de enterarse!

ESCENA SÉPTIMA

D.ª HERMENEGILDA y D. FRANCISCO

D.ª HERM. (se dirige hacia la derecha y retrocede un poco al ver á don Francisco) ¡Ah! D. Paco. Aparentaré serenidad para que no sospeche...

D. FRAN. Cómo es esto? tú por aquí Hermenegilda!

D.ª HERM. He salido á darme un paseo y...

D. FRAN. Pero mujer, tan lejos has venido?

D.ª HERM. Sí; andando, andando...

D. FRAN. Pues mira, á propósito. He pensado una cosa, que te voy á proponer.

D.ª HERM. V. me dirá.

D. FRAN. Ves ese edificio tan hermoso que se descubre entre esos árboles, es un asilo en donde se recogen ancianos desamparados, al cuidado de las Hermanas de la Caridad, que los atienden admirablemente. ¿Quieres entrar en él? Ahí te cuidarán muy bien y podrías pasar tus últimos años sin preocuparte de nada!

D.ª HERM. ¡Bien! Como V. quiera, ya sabe que estoy dispuesta á todo lo que V. me mande! Pero, dígame, D. Francisco y no me engañe más, y ¿mi Crispín? ¿Dónde está?

D. FRAN. Ya te he dicho que no pienses en él. Ha sido un mal hijo y no merece ni siquiera que se le nombre.

D.ª HERM. Pero señor... soy su madre, y una madre perdona mil veces si es necesario á su hijo.

D. FRAN. Eso es! Precisamente ha sido el origen de su desgracia tu demasiada condescendencia.

D.ª HERM. Pero aquello ya pasó, ¿no pudo arrepentirse? no pretendáis arrancar de mi corazón esa ilusión de volverle á ver. ¿Dónde está? ¡Decidme la verdad!

D. FRAN. (Aparte). ¡Me extraña sobremanera esta pretensión tan inesperada! ¡Sospecho que se ha enterado de algo! (A D.ª Hermenegilda). Pero, á qué fin ahora me preguntas con tanta insistencia?

D.ª HERM. ¡Ay, D. Francisco! No sé qué impulso he sentido en mi loco frenesí, que como un rayo del sol naciente iluminó mi esperanza de volverlo á ver!

D. FRAN. Pero?

D.ª HERM. Os ví esta mañana entrar en esta casa.

D. FRAN. ¡Cómo!

D.ª HERM. Escuché vuestra conversación y aunque no me fué posible percibir por completo el sentido de sus palabras mi afán ó la fuerza de mi deseo, me hicieron abrigar sospechas de que se trataba de...

D. FRAN. ¡Basta Hermenegilda! (oyen por breves momentos el ruido de un coche) ya pues que tan perspicaz te muestras y tan pertinaz en tu empeño, espera un momento; pero temo que...

D.ª HERM. Qué teme V.? hablad!

D. FRAN. Que no puedas sobreponerte á la emoción,

D.ª HERM. ¡Débil estoy! pero dispuesta á ser valiente! No me falta valor, decidme todo, no temáis, os lo suplico.

D. FRAN. (ap). No hay remedio; la cosa está ya descubierta. (á D.ª Herm.) Véis ese coche que se detiene ahí?

D.ª HERM. ¿Qué?

D. FRAN. Es el coche celular que viene en busca de... (ap.) No me atrevo. (En este momento aparecen por la puerta del Hospital Crispín maniatado y custodiado por dos guardias y Sor Margarita.)

D. FRAN. De vuestro hijo. ¡Ahí le tienes!

D.ª HERM. ¡Cielos! Mi Crispín! (se abalanza á abrazarle, los guardias quieren impedirlo.) Dejadme, dejadme que abraze á mi hijo! soy su madre.

CRISPÍN. ¡Mi madre!

D.ª HERM. ¡Hijo de mis entrañas!

CRIS. ¡Madre! ¿Cómo os encuentro aquí?

D.ª HERM. Dios me ha traído! ¡Ven á mis brazos! (Los guardias tratan de impedirlo, pero por fin dejan que lo abrace sin soltar á Crispín). (Sor Margarita y D. Francisco la sostienen, al ver que cae desmayada).

D. FRAN. (A los guardias). Esperad un momento.

D.ª HERM. (Volviendo en sí). ¡Dadme el último abrazo, hijo mio! ¡que yo me muero!

CRIS. (Cae con una rodilla en tierra abrazando á su madre). Madre mía, perdonadme, he pecado contra el cielo y contra vos, no soy digno de ser vuestro hijo, pero si no os viera más, estoy arrepentido, perdonadme, por Dios!

D.ª HERM. ¡Perdonado estás, hijo de mi alma, que Dios te perdone también como yo se lo pido!

CRIS. ¡Gracias, madre mía! voy á cumplir la pena de mis extravíos; si después Dios quisiera que sobrevivamos ambos á dos, á tu lado me tendrás siempre para resarcir el mal uso que hice de tu cariño. Quiero ser ya bueno.

D.ª HERM. Véte en paz, ¡que se cumplan los designios de la justicia! yo, entretanto, no cesaré de pedir á Dios por tí.

CRIS. Adiós, pues, dadme un abrazo y perdona de nuevo á tu hijo. (Le abraza).

D.ª HERM. Perdona tú también á tu madre!

CRIS. No tengo por qué, y V. D. Francisco perdóneme también y Dios le pague todo lo que ha hecho por este hijo ingrato.

D. FRAN. Desde luego y con mil amores quedas perdonado; me basta como premio de mis desvelos para contigo, la satisfacción inmensa que me produce el verte reconocido y arrepentido de tus desvaríos.

CRIS. Todo es debido á la bondad de esta buenísima Sor Margarita. Es una santa.

SOR M. No tengo yo nada que ver con eso. Dios ha sido el que así lo ha dispuesto.

D. FRAN. Para que se cumplan sus altos designios. Ahora pués, vete en paz Crispín. Tu madre queda bajo mi amparo y cuidado hasta que cumplas tu condena, después ya veremos lo que más os conviene.

D.ª HERM. Nó; yo quiero entrar en el Asilo.

D. FRAN. No hay necesidad, pero si es tu gusto, pondremos los medios para conseguirlo.

D.ª HERM. Están ya puestos. Tengo la autorización para entrar esta misma tarde.

D. FRAN. ¿Cómo?

D.ª HERM. Sí señor, Sor Margarita me proporcionó todo, todo!

CRIS. ¡Bendito sea ese ángel del Señor!

D. FRAN. Lo celebro infinito. Mil gracias buena hermanita; que Dios le premie las grandes obras que acaba de practicar.

y á Vds. señores, (al público)
se las repito también,
de todo mi corazón;
por la bondad que han tenido
de asistir á esta función.
Que veáis en ella quiero
una elocuente lección
de lo que son los *cariños*
que matan el corazón,
y los males que acarrea
una falsa educación.
Y á estos noveles actores
siquiera por compasión... (Con ironía).
otorgadles cariñosos
una pequeña ovación.

TELÓN

DEL MISMO AUTOR

La Lámpara de la Virgen, zar
zuela en dos actos y un cuadr
final, con música del maestr
Villarreal, que vá inserta en l
misma obra.

Precio 3 ptas. y por corre
3'30.



De venta
Cecilio Gasca, Librería
Coso, 33, Zaragoza